



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPELEl Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE DE 2019

Olga de León / Carlos A Ponzio de León

Pequeño homenaje a Roberto J. Payró

CERCA DEL PRECIPICIO.

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

El precipicio era profundo: Doscientos metros de altura esperaban al valiente que diera un mal paso, descendiendo desde el lado sur del cerro. Los visitantes eran veinte turistas que viajaron al lugar en un mismo turbibús; entre ellos, don Lucas y su mujer: una pareja de edad mediana, sin hijos.

Ambos eran creativos en un programa de aventuras de televisión. Don Lucas, un barrigón cuya única causa era que llegara el fin de semana para descansar, calvo excepto por algunas zonas cercanas a las orejas donde sobrevivía el cabello, era quien proveía las ideas generales de las historias que la pareja fabricaba. Su mujer aportaba los detalles, pero la idea de qué poderes debía tener cada personaje, las definía don Lucas.

Esa mañana, cuando el autobús con turistas arribó a las faldas del cerro, el primero en descender fue él. Y apenas puso un pie en tierra, se escuchó el crujido de la rama que pisó, y luego el rugido de un oso que se encontraba a treinta metros de distancia. Todo mundo quedó quieto adentro del camión, y también don Lucas, a quien temblaron las piernas sin que nadie lo advirtiera.

Lo insólito de la situación fue que el oso, luego de echar una mirada a don Lucas, decidió alejarse, internándose en el bosque, lejos del camino que los turistas seguirían. De lo que cada uno estuvo seguro, era de lo arriesgado que sería continuar el trayecto. Y también veían en don Lucas al héroe que los había salvado del tremendo oso de la sierra.

Discutieron veinte minutos hasta que don Lucas se ofreció a ir por delante de la caravana. El hombre se sentía uno de los súper héroes que aparecían en televisión; el preferido dentro de sus creaciones: capaz de saltar hasta la azotea de un edificio de veinte metros de altura, o de acabar con un tigre de un puñetazo.

Llegaron así, en caravana, hasta la orilla del precipicio. Nadie atreviase a acercarse a la orilla, como lo había recomendado el guía de turistas. Entonces don Lucas pensó que esa actitud, de quedarse lejos, no iba con su nueva manera de ser: la de héroe que podía ahuyentar osos de la sierra. Decidió dar dos pasos hasta quedar a tres metros de distancia del precipicio. Alcanzó a sentir un poco de vértigo, pero solo momentáneamente. Respiró profundamente y sintió un escalofrío que identificó como la sangre que debía correr ahora por sus venas, alma y protección de aquel grupo de turistas.

Su mujer no tardó mucho en darse cuenta de lo peligroso que era aquello, cuando le soltó un grito: ¡Lucas! El pobre barrigón saltó del susto, resbaló entre la tierra húmeda y rápidamente cayó alejado de la orilla del barranco; su imagen de héroe se desvaneció.

UNA NOCHE PINTORESCA

OLGA DE LEÓN

Salió de aquella bocacalle oscura sin asomo de luz, cual madriguera de rufi-



anes, pegado a una de las paredes tocándola con su mano izquierda. El ambiente lúgubre no le provocaba temor, pero sí cierto nerviosismo. No le agradó que encontró todo bien dentro de la bodega: -tanto orden es sospechoso, se dijo.

Rufino Dosamantes se había dirigido a la bodega de Casimiro Colmenares, no solo porque lo hubieran enviado sus jefes con esa encomienda, sino porque él quería constatar que allí no había nada que incriminara al dueño ni a sus socios, que no sería necesario que fuesen investigados.

Sin embargo, en el fondo, albergaba la esperanza de que el rumor que llegó al despacho de contabilidad fiscal fuera cierto y no un falso testimonio. De ahí su desaliento tras la revisión que recién hiciera.

Ciertamente, encontró todo en orden. La contabilidad y el reporte de existencias en la bodega coincidían con lo registrado en los libros, y con su revisión recién hecha a lo largo y ancho del lugar.

Por eso salió insatisfecho, pues llegó con la expectativa de descubrir algo turbio o de comprobar que ahí había "gato encerrado". Quería pescar a Colmenares, se la debía. Pero su pesquisa resultó infructífera: nada fuera de lugar, había.

Salió y se encaminó hacia donde había estacionado su auto. Apenas caminó poco más de treinta metros, cuando notó que un par de sujetos separados entre sí como una cuadro y media, se hacían señas de intercambio de luces con lámparas pequeñas, pero de intensidad

suficiente como para que ambos captaran los mensajes que se enviaban.

Rufino no detuvo su andar, solo disminuyó el paso y buscó la sombra de la noche para no ser visto. De pronto, cada uno de los hombres subieron a los vehículos, camiones de carga, y se fueron uno detrás del otro, en dirección clara hacia la bodega de donde Rufino Dosamantes acababa de salir. Entonces, Rufino, quien ya había llegado hasta su auto, subió a él y a razonable distancia siguió al último camión.

Cuando se percató de que ambos vehículos entran a la bodega, detiene la marcha del suyo y se esconde, para luego descender del auto y trata de entrar nuevamente a la bodega. Algo lo paralizó, se quedó quieto bajo la sombra de otro auto que estaba cerca de la puerta principal de la bodega: escuchó ruidos extraños.

De los camiones, solo vio que desaparecían al entrar y cerrarse una puerta de lámina que descendía como cortina del techo. Los ruidos que, antes de que entraran a la bodega, alcanzó a escuchar del interior de las cajas de cada camión, no dejaban duda: transportaban mercancía humana: mujeres, hombres y niños de todas las edades, y seguramente eran muchos y los traían hacinados en esas cajas de los camiones, a juzgar por el clamor que de ellas se filtraba.

Rufino no sería muy listo, pero sí era observador, desde que trabajó en el periódico como reportero haciendo crónica de crímenes, se le desarrolló un cierto olfato para lo oculto detrás de una apari-

encia blanca o despistada. De ahí su desencanto al no descubrir nada turbio dentro de la bodega. Pero esta sospecha, reafirmó en él la confianza en sus habilidades y decidió enfrentar la situación como mejor sabía: tomando fotografías, y registrando, libreta y pluma en mano, los hechos presenciados.

Acto seguido, buscó algún teléfono público para hacer una llamada desde el lugar en el que se encontraba, para que en la oficina supieran que allí estaba él: cumpliendo con su deber. Necesitaba apoyo oficial para que no se escaparan los implicados en eso que no entendía bien de qué se trataba; y sobre lo que no podía especular más. Debía tener los pelos de la burra en la mano, para decir que se trataba de una burra corrupta, ilegal o lo que fuera que estuvieran haciendo los dueños de la bodega y del "negocio"; Colmenares, entre ellos.

Él sabía que no podía correr el riesgo de equivocarse, como lo había hecho en su último trabajo, en donde después de cronista de notas de crímenes, habiase desempeñado como relator de notas sociales y había dado tal traspies, que confundió a la amante del alcalde con la esposa y a esta la refirió como la asistente de un empresario de poca monta, emparentado con el negocio de "trata de blancas". Aquello le valió no solo el despidio del periódico, sino que tuvo que cambiar su nombre y apellido para poder conseguir el trabajo que ahora desempeñaba como auxiliar del auxiliar de asistente en la Procuraduría fiscal.

Y, fue así, que de Lucas pasó a llamarse Rufino; Dosamantes lo tomó en honor de una artista de su pueblo, a la que siempre admiró desde chamacoco. Este apellido le dio cierto respeto entre los compañeros, pues sabiéndolo no casado, pensaban que al menos tendría reputación viril entre las mujeres.

Estaba a pocos metros de la bodega, dentro de la cabina de un teléfono público, consciente de que debía ser muy cetero y puntual en el procedimiento para atrapar la fechoría que estuviera sucediendo dentro de ese local.

"...Si jefe, alcancé a escuchar muchos ruidos diversos, no se si quejidos y golpeteos de fierros y metales, así como gritos ahogados, a menos que fueran cantos o entrenamiento de voces y zapateos, lo cual dudo mucho. Seguro eran llantos, golpes y quejidos..."

El despliegue de seguridad enviado al lugar referido por Rufino, donde estaba la misteriosa bodega, llegó sigilosamente; eran docientos elementos.

Puestos con armas y equipo suficiente, ante la cortina de metal que cerraba herméticamente la bodega, listos para abrir por la fuerza si los que controlaban la entrada no salían a su llamado, cuál no sería su sorpresa al abrirse la puerta antes de que la golpearan: el espectáculo dentro de esa "bodega" fue para los ahí concentrados, algo inverosímil.

¡Una compañía de teatro y bailaores de flamenco habían rentado el lugar y estaban ensayando para su próxima puesta en escena! Nada más se supo de Rufino, después de esa noche pintoresca.

grotesco del paso del tiempo, de sus efluvios y confusiones que Carlos Fuentes nos dejó para siempre.

Hay una vieja que se distingue de los colectivos de niños, hombres y mujeres —en ese orden— que descubren al ahogado más hermoso del mundo en el siempre recordado cuento de Gabriel García Márquez. Las mujeres eclipsadas por su corpulencia y sus partes generosas suspiran y fantasean, son incapaces de ponerle un nombre. Solo la vieja que por serlo es menos apasionada (nos dice el narrador) puede llamarle Esteban, porque tiene cara de llevar ese nombre. El tiempo le confiera autoridad.

La película que acabo de ver, basada en la bellísima novela del mismo nombre: Lluvean pájaros, de la quebequense Jocelyn Saucier (aunque es una buena versión de la novela no ofrece los subrayados que el libro siempre permite), me devuelve una aedada que renace; memorable no por bruja como la madrastra de Blanca Nieves, la Dorian Grey de las mujeres, sino por las decisiones que aún puede tomar. Marie Desnieges a los 76 años estrena nombre y vida entre el trío de ancianos que se ha recluido en el bosque para vivir y morir como a ellos les plazca. Se trata de decisiones y cicatrices, de agradecer la visión del bosque amenazados de incendios. Se trata de paladear la generosidad de vivir con dignidad. Se trata de encontrar la belleza en las palabras anciana, vieja, mujer mayor.



Miguel de Unamuno

(Bilbao, 1864 - Salamanca, 1936) Escritor, poeta y filósofo español, principal exponente de la Generación del 98. Entre 1880 y 1884 estudió filosofía y letras en la Universidad de Madrid, época durante la cual leyó a Thomas Carlyle, Herbert Spencer, Friedrich Hegel y Karl Marx. Se doctoró con la tesis Crítica del problema sobre el origen y prehistoria de la raza vasca, y poco después accedió a la cátedra de lengua y literatura griega en la Universidad de Salamanca, en la que desde 1901 fue rector y catedrático de historia de la lengua castellana.

El primero de los libros fue en realidad un conjunto de cinco ensayos en torno al "alma castellana", en los que opuso al tradicionalismo la "búsqueda de la tradición eterna del presente", y defendió el concepto de "intrahistoria" latente en el seno del pueblo frente al concepto oficial de historia. Según propuso entonces, la solución de muchos de los males que aquejaban a España era su "europeización".

Sin embargo, estas obras no parecían abarcar, desde su punto de vista, aspectos íntimos que formaban parte de la realidad vivencial. De aquí que literaturizase su pensamiento, primero a través de un importante ensayo sobre dos personajes clave de la literatura universal en la Vida de don Quijote y Sancho (1905), obra en la que, por otra parte y en flagrante contradicción con la tesis europeísta defendida en libros anteriores, proponía "españolizar Europa". Al mismo tiempo, apuntó que la relación entre los dos protagonistas de Don Quijote de la Mancha simbolizaba la tensión existente entre ficción y realidad, locura y razón, que constituye la unidad de la vida y la común aspiración a la inmortalidad.

Su narrativa progresó desde sus novelas primeras Paz en la guerra (1897) y Amor y pedagogía (1902) hasta la madura La tía Tula (1921). Pero entre ellas escribió Niebla (1914), Abel Sánchez (1917) y, sobre todo, Tres novelas ejemplares y un prólogo (1920), libro que ha sido considerado por algunos críticos como autobiográfico, si bien no tiene que ver con hechos de su vida, sino con su biografía espiritual y su visión esencial de la realidad: con la afirmación de su identidad individual y la búsqueda de los elementos vinculantes que fundamentan las relaciones humanas.

Su producción poética comprende títulos como Poesía (1907), Rosario de sonetos líricos (1912), El Cristo de Velázquez (1920), Rimas de dentro (1923) y Romancero del destierro (1927), éste último fruto de su experiencia en la isla de Fuerteventura, adonde fue deportado por su oposición a la dictadura de Miguel Primo de Rivera. También cultivó el teatro: Fedra (1924), Sombras de sueño (1931), El otro (1932) y Medea (1933).

Considerado como el escritor más culto de su generación, Miguel de Unamuno fue sobre todo un intelectual inconformista que hizo de la polémica una forma de búsqueda. Jubilado desde 1934, sus manifestaciones antipáticas por la República española llevaron dos años más tarde al gobierno rebelde de Burgos a nombrarlo nuevamente rector de la Universidad de Salamanca, pero fue destituido a raíz de su pública ruptura con el fundador de la Legión. En 1962 se publicaron sus Obras completas, y en 1994 se dio a conocer su novela inédita Nuevo mundo.

ad pedem literae

"ntenta no volverte un hombre de éxito, sino volverte un hombre de valor"

Albert Einstein

Letras de
buen humor

"Todos somos muy ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas."

Albert Einstein

Mónica Lavín

Después de la madurez

tienen esos dilemas frente a las facturas del tiempo y la sabiduría aparece como la ganancia. Kawabata encara la pérdida del papel de jefe de familia con el protagonista de El rumor de la montaña y Hernán Lara Zavala ha escrito recientemente Macho viejo, también en ese sentido.

Hago un esfuerzo por citar protagonistas aedadas (palabra sefardí que aprendí de Myriam Moscona en la entrañable Tela de sevoya, por cierto la abuela, desde los ojos de la niña, es una mujer mayor y cruel). Las viejas en la literatura son locas o malas. La más evidente es La Celestina con oficio de alcahueta, que las mañas de la edad le permiten ejercer. Si acaso pudiéramos pensar en Clarissa Dalloway, resulta que tiene la misma edad que Virginia Woolf cuando escribió la novela, cuarenta y pocos. Claro, la edad es relativa a las épocas y ser adulto mayor en el siglo XXI, cuando la expectativa de vida sobrepasa los 80, no es lo mismo que en otros siglos. Los mayores de ahora no son los mayores de entonces. Don Quijote, que frisaba los 50 años, era un hombre mayor en el siglo XVII, no un maratonista como puede ocurrir ahora. ¿Qué mujeres literarias memorables



frisan los 50 años? Para el amor, las icónicas Ana Karenina y Emma Bovary tienen la juventud que les permite el riesgo, el enamoramiento y dar la vida por ello. El costo de su inconformidad es muy alto. Y allí está Aura, esa anciana-joven, quizás la más clara dualidad de lo

La madurez referida a una etapa de la vida es un término que me confunde. Tal vez comienza alrededor de los 40, pero termina en algún momento. ¿Qué sigue después de la madurez? ¿A los 60 años de qué etapa estamos hablando? Todo esto porque he escrito sobre un grupo de amigas que celebran sus seis décadas, y eso las coloca de cara a la siguiente década. No son ancianas ni se nombran así, tal vez porque la mente y el cuerpo no registran el paso de los años de la misma manera, o porque la palabra da miedo, es más limpia que vieja, y sin embargo suena elusiva e incorrecta. ¿Añosas? ¿Tercera edad? Nada me convence, nada me gusta. Tal vez no hemos salido del clóset de la dorada juventud o madurez para admitir que el tiempo no está de nuestro lado, pero que lo llevamos puesto, para bien y para mal. Cuando indago en los personajes literarios añosos (el término tiene estatura arbórea), encuentro sin problema protagonistas masculinos icónicos, complejos, y con más dificultad, mujeres. Allí está Lear en primera fila con sus dilemas de pérdida del poder porque sus facultades han disminuido, y con ello su sentido común, o el pescador de El viejo y el mar, de Hemingway, que pone a prueba sus destrezas físicas en la batalla con el pez prendido del anzuelo. La batalla no es con el animal, es con él mismo, con la juventud que se le ha ido y la sabiduría que lo asiste. Los viejos en la literatura